

CB 331

860
C.

C 34

V. 2

CIVILIZACION

CINCO PRIMEROS SIGLOS DEL CRISTIANISMO

LECCIONES

PROFESOR DE LA ESCUELA DE NERIO



RICARDO GONZALEZ

8778

31283

CIVILIZACION

EL PAGANISMO.

LECCION OCTAVA.

SEÑORES:

Habiendo tratado en las lecciones anteriores de la familia, del Estado, del derecho, del arte, de la filosofía en la sociedad antigua, tócanos en esta noche tratar de la religion, del paganismo. No acierto á justificar el método que he seguido, dejando el paganismo para las últimas lecciones, sino diciendo que en la construccion de mi enseñanza he atendido más (defecto inevitable de mi carácter) al arte que al rigor científico. Por eso en vez de comenzar por el paganismo, comencé por la política y el derecho pagano. Mas tambien allá en las regiones de la ciencia, podria encontrar para mi método, si no fundamento, disculpa, con solo decir, que estando destinados el derecho, la filosofía y el arte á descomponer el paganis-

mo, debíamos comenzar por conocerlos para estudiar despues la gran religion, objeto de sus guerras.

Señores, no tratemos con menosprecio el paganismo, como han hecho los filósofos del pasado siglo. Yo, hijo de este siglo, que creo en la Providencia y en el progreso, comprendo que Dios mandó para sus providenciales fines los enciclopedistas á la tierra; pero cuando los veo escoger por arma el ridículo, escupir blasfemias á la frente del Eterno, adulterar toda la historia, menospreciar los grandes sentimientos religiosos, tener por vanos engendros de imaginaciones calenturientas los dioses que han protegido la vida de los pueblos, los dogmas que han alimentado el hambre del espíritu, los cultos más ó menos poéticos que han sido el consuelo de tantas generaciones, su inspiracion, su dulce luz; cuando los veo penetrar con su lógica en esa misteriosa region de la conciencia, donde vive, como en su templo, Dios, y allí combatir los principios más arraigados en nuestra naturaleza, y despues de penetrar en la historia y mofarse de los grandes y cruentos sacrificios que el hombre ha hecho para acercarse á lo absoluto, para poseer el conocimiento de la verdad, para ligarse con el cielo como con mística é invisible cadena, levanto mi espíritu al Creador y le pido que no me confie nunca destinos providenciales que exigen emplear esas ar-

mas; que aparte de mi frente tal castigo, porque yo, cuando más grande veo á la humanidad, es cuando la veo, mal hallada con su vida terrena, perderse ansiosa de otra vida, en la inmensidad de los cielos. (Aplausos.) Por eso yo creo que ha sido maltratado el paganismo, tratado con mofa, con burla, cuando algun respeto merecen, señores, los mithos, que han sido por espacio de muchos siglos las creencias de nuestros padres, y mucho más si esos mithos, aunque hayan perdido su carácter puramente religioso, se conservan como emblemas de grandes ideas, como símbolos inmortales que personifican las artes y las ciencias.

Señores, el criterio de la religion es la fé; la gran facultad religiosa es el sentimiento. Para apreciar una religion no solo se necesita saber, se necesita creer. El pensamiento puede abrazar y analizar un culto, pero solo puede comprenderlo verdaderamente el amor. Las religiones no quieren racionios, quieren adoracion. Para juzgarlas es necesario pensar como piensan sus adoradores, sentir lo que ellos sienten, adorar lo que ellos adoran. No basta comprender que tal concepcion religiosa es sublime, que tal forma religiosa es artistica, eso no basta; es necesario delante de esa concepcion y de esa forma religiosa, sentirse abrasados por el místico fuego de la fé. Mirad si no lo que sucede en nuestro mismo cul-

to. La Cruz levantada en un bosque; la tosca escultura que enseña al caminante las cercanías de una aldea; la campana de la oracion, que al caer la tarde derrama una plegaria en los aires; el canto de los sacerdotes, oido desde la puerta de la iglesia; el altar donde se levanta la Virgen, la madre inmaculada de Dios, cubierto en la primavera de rosas, alumbrado por la noche con la mortecina luz de una lámpara; el toque de ánimas, qué parece recordar la voz de la eternidad en el silencio de las tinieblas; el *Ave Maria Stella*, entonado por los marineros en el Mediterráneo, cuando el mar azul refleja el cielo y el crepúsculo tiñe de un color sonrosado los bordes del horizonte, y las sombras van cayendo, y brillan las primeras estrellas en el desierto cielo; todas estas prácticas religiosas, que á los ojos de un protestante son como vanas palabras, como ceremonias sin sentido, como tosco paganismo, son á nuestros ojos como las representaciones más verdaderas de Dios, su manifestacion más pura; y en el altar vemos centellear el fuego del cielo, y en las bóvedas de la iglesia sentimos el eco de la divina palabra, y sobre la cabeza de las vírgenes se nos aparece la blanca paloma, el espíritu de Dios cerniéndose puro; y nos sentimos extasiados y entrevemos el cielo, y la verdad centellea en nuestro espíritu; mientras un amor puro, ideal, como soplo divino, se derrama por nues-

tros arrobados corazones. (Generales aplausos.)

Es imposible, puramente imposible, juzgar la religion de un pueblo sin tener las creencias de ese pueblo, ni comprender sus misterios, sus sentimientos, el consuelo inefable que esos misterios llevan al espíritu; porque no podemos doblar el espíritu ante el dios en cuya presencia no doblamos tambien nuestras rodillas. Por eso, yo creo que no podemos dejar de ser injustos con el paganismo, porque hoy no es dado penetrar el sentido de aquellos dogmas, el espíritu de aquellas religiones. Quince siglos han pasado sobre ellas; las flores que lo cubrian se han secado, sus dioses son mómias, sus templos ruinas; sus cánticos se han perdido, y no queda de ellos ni un eco en los aires; las rientes playas por donde corrian coronadas de verbena sus teorías, sus procesiones, se hallan desiertas; y en vano la imaginacion se esforzará por desenterrar el cadáver y vestirlo de carnes, y darle el calor de la sangre, y poner en sus labios el soplo de la vida.

Pocas religiones ha habido que hayan centelleado con más vida que la religion pagana. En el Olimpo, monte ornado de mirtos floridos, de lentiscos, de laureles, en cuyas hojas brillan eternamente gotas de rocío que descomponen la luz en mil varios matices; monte coronado de un cielo siempre resplandeciente, etéreo y azul, desde cuya cima se descubren á lo lejos las ondas del

mar que se rizan en blancas espumas, y el Oriente, la cuna del sol, la cuna tambien del paganismo; en el Olimpo, como en un templo misterioso, habitan los dioses; Júpiter, con su rayo, que hierve en sus manos; Baco, ornado de brillante yedra, con la clámide en los hombros, el tirso en la mano y los labios perfumados con el aroma del vino; Psiquis, la verdadera diosa del amor, pura, casta, hermosísima, con su rubia cabellera esparcida por las espaldas, estrechando una blanca paloma contra su turgente medio desnudo seno; Venus, descendiéndose sus vestiduras blancas y ligeras como las gasas de las nieblas en las mañanas de Abril; Apolo, pulsando su lira de oro, ceñido de laureles, irradiando en su mármorea frente los rayos de la divina inspiracion; la diosa de la Noche, envuelta en un velo negro sembrado de estrellas, con una antorcha moribunda en la mano; y todos estos dioses no se contentan con vivir tranquilos en su eternal reposo, sino que se esparcen por toda la naturaleza, y cantan en los varios giros de las brisas, en el rumor de las hojas de los árboles, en el murmullo de los rios, en el seno de los mares, derramando por toda la naturaleza, como la sávia derrama en el árbol hojas y flores, el aroma de la inmortalidad, la luz de una vívida imperecedera alegría. (Aplausos.)

Es necesario, pues, indispensable, que examinemos esta noche con detenimiento, con escrupu-

losidad los cambios que ha sufrido esta religion pagana, las fases brillantes de su vida, sus revoluciones, la aparicion de sus dogmas. Yo, señores, no puedo seguir en esta noche el rigor lógico que intenté seguir en la noche en que desarrollé á vuestros ojos la filosofía griega. No es posible, señores. La filosofía es la idea inducida ó deducida con lógica; el paganismo, la religion, es el sentimiento, que no puede tener esas inquebrantables leyes. La filosofía es la herencia, el depósito de algunos espíritus elevados; el paganismo, la religion, es el patrimonio de todo el pueblo. La filosofía es una luz superior que solo alcanzan mentes muy cultivadas; el paganismo, la religion antigua, es el aire que todos respiran. La filosofía menosprecia el símbolo, la forma, y se atiene al pensamiento, al fondo; el paganismo, la religion del pueblo, menosprecia el fondo, no entiende el dogma, y adora en los dioses el símbolo, la corteza exterior, lo material, la forma. La filosofía ha menester una razon en que apoyar sus concepciones; el paganismo, la religion, no necesita más razon que su creencia. Por eso la filosofía antigua es la parte superior del espíritu, lo más esencial, lo más sustancial; pero la religion pagana, si es la parte inferior del espíritu, lo más tosco, el sentimiento ciego, es tambien lo más universal. Por eso, señores, los que desprecian en el estudio de las civilizaciones antiguas los dogmas re-

ligiosos, desprecian la faz más brillante, más verdadera y más ingénua del alma de los pueblos.

Para comprender el paganismo es necesario estudiar los caractéres propios de nuestra raza, de los indo-europeos. Pueblo móvil, combatiente, adorador de sus impresiones, querido de la riente naturaleza, poeta, artista, habiendo pisado en su camino por la tierra una senda sembrada de flores, viendo su imagen reflejarse en las claras márgenes de sus rios y en las riberas de sus mares, se amó á sí propio, revistió toda la naturaleza de las formas humanas, y produjo el paganismo. Mas el paganismo debía tener precisa y necesariamente varias edades. Primero se envolvió en la naturaleza, adorando la tierra, los mares, los rios. Despues levantó los ojos al cielo y adoró el fuego, la luz, los astros y todos los séres que nadan en la atmósfera. Más tarde su mirada comprendió que en la naturaleza habia una lucha sin tregua entre dos principios igualmente batalladores, y adoró la guerra de los elementos, la fuerza de composicion y descomposicion que hay en el seno del mundo. Pero luego vió que habia algo más grande que la naturaleza física, su naturaleza moral, y fué divinizando sus sensaciones, la impresion que los objetos hacian en su alma; pero no se contentó con esta serena adoracion, y comprendió tambien el hombre que tenia dentro de sí luchas, tempestades más tremendas que esas tempestades que en

el estío azotan la tierra y oscurecen el cielo, y adoró sus pasiones; mas vió que sobre sus pasiones relucia una luz que no se apagaba nunca, y adoró su idea, y entonces ya los dioses tomaron forma humana, los héroes se interpusieron entre los hombres y los dioses, las teogonías dejaron de cantar el mugido del viento y de las olas, el huracan, el rayo, para cantar la guerra del hombre con el hombre, ó del hombre con la naturaleza, y el espíritu ya más libre, se embriagó en las emanaciones de su misma vida, de su pura esencia.

Mas, señores, fácil es comprender que esta manera de estudiar *á priori* el paganismo no puede, no debe satisfacernos. Queremos algo más, algo que llene nuestro corazon, nuestros deseos; queremos ver cómo nacieron, cómo se desarrollaron históricamente esos dogmas paganos. Esta es una tarea ímproba y dificultosa. Para ello necesito muy especialmente vuestra benevolencia y vuestra vénia. Lejos de presentaros nada que pueda satisfacer ni encantar vuestro ánimo, he de ofreceros el campo de una erudicion agostada, campo árido, segado ya, en que apenas quedan algunas espigas. Yo os pido, señores, anticipadamente perdon, y reclamo vuestra benevolencia, porque si bien las formas han de ser toscas y el trabajo árido, la enseñanza, hija de largos estudios, en mi humilde sentir ha de ser provechosa. Pero, señores, en la misma historia de la religior

pagana se encuentra toda su filosofía, su alta filosofía, y ya vereis cómo á medida que el espíritu crece y se agranda, tiene nuevas y más grandes aspiraciones, á las cuales se presta esta religion blanda como la cera. Solo el día que el hombre aspiró á lo infinito, debió descender del cielo revelado por Dios el Cristianismo.

El hombre primitivo, hijo de la naturaleza, suspendido á ella como el niño al pecho de su madre, encantado con el espectáculo que ofrecen los campos, la sombra de los bosques, al través de cuyas ramas apenas penetra un rayo de sol, la cima de las montañas coronadas de nieve, la verde ondulacion de los prados, el rumor de los arroyos que serpentean como culebras á su vista, las mariposas que salen del cáliz de las flores, como si fueran sus almas, los pajarillos que se entregan á su amor en la copa de los árboles, la noche errante que pasa y se lleva en su blanco seno el rocío; encantado, decia, con todas estas maravillas asombrosas de la naturaleza, el hombre primitivo, ora fuese cazador, que tala el bosque y busca la vida en la muerte de los animales que le rodean, y hiere con su flecha la pintada ave que surca los aires; ora pastor, acompañado de su asnillo, seguido de sus ovejas, apoyado en su báculo, buscando las praderas, los oasis, las claras fuentes, los árboles, donde pudiera pacer y sestear su ganado; ora labrador, rendido al peso del tra-

bajo, depositando el grano de trigo en la tierra, viéndolo despues surgir lleno de vida, crecer, coronarse con la espiga, caer más tarde bajo sus plantas y darle el sustento; como quiera que viese agradecido en la naturaleza una fuente de amor, de vida, que en todos sus átomos, en todas sus trasformaciones llevaba á sus sentidos placeres infinitos, aromas para regalar su olfato, flores para encantar su vista, música para sus oidos, sustento para su cuerpo, agua para apagar su sed, frutos caidos á sus plantas para satisfacer su hambre, infinitos placeres, la sávia misma del mundo penetrando por sus venas, vertiéndose en su corazon, dándole vida; encantado y agradecido, debia ver dioses, almas en toda la naturaleza, en el círculo mágico que forma el sol, en la estela que dejaba su tímida barquilla, en las ondas del mar, en el astro que le guiaba, en la nube que llovía vida, en el fuego que calienta con su amor la tierra, en todos los espacios, en todos los séres, en toda la naturaleza; dioses sin formas, vagos como las ondas del rio, indecisos como las nieblas, mágicos y fantásticos, á manera que las exhalaciones, ó los fuegos fátuos, ó los misteriosos ruidos de la noche, ó el cambio de todos los objetos que aparecen y desaparecen á la luz de la naturaleza.

Y esta es la primera forma religiosa griega. Los dioses no tienen forma humana, son las fuerzas mismas de la naturaleza. El sacerdocio no está

aún organizado, los sacerdotes son magos, que enseñan dogmas, doctrinas misteriosas; médicos que curan; poetas que cantan; pero que han recibido del cielo directamente su misión, y no tienen ningún signo exterior para hacerse respetar más que su palabra y su tosca ciencia. Los dioses participan de esta misma indecisión; son una piedra levantada en un término; un lago, que refleja en su tosco espejo las estrellas; un árbol, á cuya sombra ha dormido y descansado el errante viajero. Estos son los dioses primitivos Cabires, los dioses de la magia, sin ninguna forma, sin ninguna imagen, la naturaleza en sí; pero en sus toscas y parciales manifestaciones, en sus individualidades, dioses, que llevarán los pelagos á la isla de Samotracia, primer santuario de la Grecia. Es el culto sencillo, personal del pastor agradecido á la tierra, donde ha fijado la marcha de sus ovejas; del tímido navegante agradecido á la estrella, que le ha señalado un rumbo; del agricultor agradecido á la tierra, que le ha brindado con regalados y sabrosísimos frutos; del trabajador agradecido al hierro, que le ha dado un instrumento para abrir las entrañas de la naturaleza y sorprender la amorosa fuente de la vida.

Señores, y lo que decimos de Grecia podemos decir también de Roma. La primitiva religión romana es pelágica. El culto es sencillo, la adoración tiene algo de fetichista. El sabino adora una

lanza, adora el instrumento que le ha llevado hasta las regiones donde encuentra una grata vivienda. La misma especie de magia que hay en la primitiva religión griega hay en la primitiva religión romana. El hombre se embriaga con las emanaciones de la naturaleza, con la vida de todos los seres. Cerca del mundo exterior, hijo predilecto de la creación, amamantado á los pechos de la naturaleza, la adora con exaltado amor. Su alma vaga entre todos los seres como la mariposa entre las flores, y se inunda de la vida de la creación. Aquí, señores, se vé que la adoración es natural en el hombre. El alma necesita dilatarse en lo infinito. El alma no puede sufrir las pesadas cadenas de la materia. El alma, cuando tiene esta inocencia primitiva, se contenta con vivir en la naturaleza y adorar la naturaleza; pero tiene que darle gran exaltación mágica, para que la naturaleza tome aspecto de divina.

Pero estas religiones pelágicas extendidas por Grecia é Italia, no podían de ninguna suerte resistir al influjo de Oriente. En el mundo no vive una civilización para perderse en lo vacío, nó; cuando desaparece como la flor al perder sus hojas, deja caer algunas semillas en la tierra. Así el Oriente, por ese enlace ideal de una edad con otra edad, de un pueblo con otro pueblo, debía penetrar en las entrañas de los primitivos ingenuos ritos griegos, debía producir una revolución reli-

giosa. Esta revolucion religiosa tenia dos fases; una perteneciente á las formas, otra perteneciente al espíritu. En la parte de forma nació el sacerdocio, que antes no existia una fuerte y poderosa organizacion sacerdotal; en el fondo religioso penetraron dogmas desconocidos antes, dogmas universales que abrazaban toda la naturaleza, pero dogmas desposeidos de la primitiva ingenuidad y escritos en caractéres hieráticos, sagrados, inteligibles solo para los sacerdotes. Aquella religion primitiva, candorosa, ingénua, que tenia toda la inocencia de la niñez, se convirtió en una religion sacerdotal, gerárquica, misteriosa, fuertemente organizada á manera de una sociedad aristocrática. El pueblo ya no pudo ser el intérprete de su culto, y tuvo que ir á depositar al pié de sus nuevos señores, de los sacerdotes, los frutos de su trabajo, para que calmaran los elementos y leyeran las señales propicias ó adversas en los cielos. Y si no, señores, mirad las antiguas Pléyades ó Vestales; primer ensayo de la institucion del sacerdocio. A orillas del mar, bajo uno de esos árboles hermosos del Mediodía, que suelen tener á un tiempo flores en cuyo aroma se bañan las mariposas, frutos de cuya miel se alimentan las abejas; á la hora misteriosa de anochecer, hora sagrada para todos los pueblos, hora poética en todos los climas; la sacerdotisa vestida de lana blanca, ceñida la sien de encina, poniendo los ojos en el cie-

lo, las manos en las entrañas palpitantes de la víctima, sonriendo, como poseida de una felicidad superior á toda felicidad humana, rodeada de los campesinos que la miran de rodillas y le ofrecen en canastillos de mimbres sazonados frutos ó en vasijas de toско barro blanca leche y perfumada miel; la sacerdotisa, la vestal, decia, ora por el vuelo de la golondrina, ora por los momentos que la gaviota se mece sobre un punto en el mar, anuncia el buen ó el mal tiempo, y pide á Júpiter que fecunde con su amor á Juno, es decir, pide al éther, al aire, á la lluvia, que penetre y se confunda en los campos, en la tierra, para que pueda en el campo brotar el dorado grano de trigo y la vid dar el sabroso vino, que allá en su culto por la naturaleza, creian ellos ser la sangre de las venas de la tierra; y mientras esta muda oracion se levanta de su alma, el pueblo entona un melancólico y dulce cántico acompañado por el arrullo del mar, al mismo tiempo que la luna surge pura por el límite del horizonte, como una argentada lámpara encendida por Dios para iluminar aquel religioso cuadro. (Aplausos.)

Los filósofos, los historiadores que han podido penetrar en el oscuro seno de los tiempos primitivos, nos dicen que á la cabeza de esta primera aparicion se encontraba ya el Zeus oriental, el Júpiter, hermoso mancebo y hermosa vírgen á un tiempo, compuesto de tres personas, Júpiter-cielo,

Júpiter-poseidon ó mar, Júpiter-fuego ó Pluton. Mas al poco tiempo se separan aquellas dos naturalezas y crean una divinidad femenina, Juno, esposa de Júpiter, que es á un mismo tiempo aire, tierra y luna; y del amor del aire con el fuego, de la tierra con el cielo, de la luna con el sol, amor sensual, embriagador, que tiene por lecho los inmensos espacios, de ese placer infinito que siente la tierra al verse iluminada por el sol, de esos eternos ósculos de amor nacieron todos los hombres. Este es el primer dogma que apareció á la cabeza de aquella religion oriental.

Y este mismo carácter vemos en el desarrollo de la religion romana. La religion de los etruscos era gerárquica y aristocrática. Era como el depósito de un sacerdocio privilegiado, único intérprete de aquella religion. La cosmogonía etrusca en que se vé nacer el mundo, merced al trabajo de seis mil años empeñados en crearlo, está llena de reminiscencias orientales; el perfume del mundo primitivo se exhala de todos sus dogmas. Sus dioses son genios que forman como unas familias aristocráticas y poderosas, gérmen primero de aquella aristocracia guerrera y teocrática que habia de absorber el espíritu absorbente de Roma. La misma gerarquía que aspiraban á establecer y fundamentar en el mundo, la tenian ya establecida y fundamentada en el cielo. La gerarquía de sus dioses, penetrándose unos á otros formaban una

inmensa pirámide, cuyo centro era la tierra, cuya cúspide, Júpiter, se perdía en el cielo. El padre de familias romano, tan severo, tan ceñudo, déspota oriental, tenia también su correspondencia en el cielo por medio de esos otros padres de familia que guardaban como un templo la puerta de la casa, y que se denominaban Lares. Pero, señores, veamos el primitivo carácter de las divinidades paganas.

Todas las divinidades paganas tienen en este tiempo un carácter oriental. El Júpiter de la Arcadia, que se levanta bajo una encina sagrada, de cuyas raíces mana una fuente, es el mismo Júpiter Ammon de los egipcios, y á sus piés se celebran las luchas del lobo con el perro tan parecidas á las lupercales romanas, signo de que los pastores han visto un protector de su ganado en este dios; que fué cordero allá en las márgenes del Nilo. El Júpiter cretense, que se levanta en aquella hermosa isla de Creta, es el Júpiter fenicio que bajo su manto protege y salva á los navegantes de las inclemencias del tiempo. Pero estas varias formas de Júpiter lo que señalan en verdad, no es un dios aislado, es el cielo, la tierra, el sér, todo el sér, el panteísmo materialista, en una palabra. La Juno de Samos, la gran Juno sacerdotal, piedra informe bañada por el mar, lleva aun en la frente las ramas de los sauces de Babilonia, de aquellos sauces paganos,

de que colgaban su llorosa lira los hijos de Israel. Neptuno tiene en Grecia el nombre de Poseidon. Poseidon es una palabra púnica, que significa extenso y ancho. En la religion puramente teocrática, es como un buey que muge espantosamente en el alterado fondo de los mares. El Ares ó Marte es una vieja lanza que se levanta sobre una pira empapada en sangre, dios hijo de los scitas, el mismo que adoraban los germanos en sus bosques, los sabinos en sus valles y en sus llanuras. Venus, despues tan hermosa, debía ser en aquella segunda evolucion de la idea pagana, una mujer informe, entregada á dar vueltas á un huso, mujer evidentemente siria. Diana, la bella cazadora, es en Efeso un tronco de árbol rematado en una cabeza de vaca. Mercurio es un dios-cabrito, semejante á muchas divinidades indias. Vesta que guarda el eterno fuego sagrado, es una divinidad pérsica. Athenea ó Minerva es hija de la Livia, y lleva en sus manos los ardientes rayos del sol. Céres, que debía engendrar más tarde el culto más puro y más ideal del paganismo, es todavía una oscura divinidad egipcia.

El dios que personifica esta gran edad oriental, esta edad teocrática de la religion pagana, es Apolo. La significacion que tiene, el nombre que lleva, sus mismos atributos dicen bien claramente que Apolo es el sol, el jefe de una religion oriental; el sol, que esclarece los cielos, fecunda la

tierra, dá su aroma á las flores, su sávia á las frutas, y derrama en toda la naturaleza vida y alegría. Los pueblos primitivos, al ver levantarse ese hermoso astro en el horizonte, al sentir el fuego de su amor, al contemplarlo centelleando, ora entre las ramas de los bosques, ora sobre las ondas del mar, al oír el armonioso concierto con que le saludaban las canoras aves, al ver las galas de que se ceñía la tierra para recibirlo, empapada en el rocío del alba como si hubiera llorado la ausencia del sol; los pueblos primitivos, desposeídos de ideas más altas, se postraron de hinojos ante el sol, ofreciéndole amorosos y rendidos los frutos del campo, los tesoros de la madre tierra. El culto de Apolo apareció en Lycia, en el Asia menor, no como un culto allí nacido, sino derivado del interior del Asia. Y este culto es tanto más de recordar, cuanto que merced á su poderoso influjo concluyen los sacrificios cruentos. Su altar está puro, no lo mancha ni una gota de sangre, no turba la alegría del templo el exterior de ninguna víctima. Panales de dulce miel, frutos olorosos, guirnaldas de flores cubren el ara. Es el signo de la reconciliacion sagrada y amorosa del hombre con la naturaleza. Al pié de aquel puro altar asiático se ven ya aparecer la lira y las flechas. Creían sin duda en el Oriente como creyó más tarde Pitágoras, que los astros formaban conciertos dulcísimos, y que el sol daba el tono á